

LAS ELECCIONES DE 1993

Óscar Godoy Arcaya

El autor hace un análisis de las elecciones presidenciales y parlamentarias realizadas el 11 de diciembre de 1993 a la luz de ciertas claves centrales del proceso político chileno. Establece tres marcos de referencia para interpretar los resultados electorales: un marco global, que consiste en la instalación y despliegue del proceso político en la esfera de legitimidad democrática; y, en seguida, los designios estratégicos y tácticos con que los actores y movimientos políticos han animado y dotado de coherencia y articulación a sus acciones, cara al largo plazo y al acto electoral mismo.

El autor sostiene que la legitimidad democrática se identifica con el consenso, alcanzado durante la transición, en torno a los principios e instituciones básicas de la democracia representativa y la economía de mercado. Ese gran marco de referencia delimita el espacio político y sirve de criterio último para legitimar programas, propuestas, liderazgos y conductas políticas. Los resultados electorales expresan, en grandes líneas, esa delimitación y la distribución del poder operada a través de las elecciones.

El análisis se extiende a los resultados de las estrategias y tácticas de los partidos, grupos y agentes políticos y su influjo en las votaciones.

ÓSCAR GODOY ARCAJA. Doctor en Filosofía, Universidad Complutense de Madrid. Profesor Titular de Teoría Política y Director del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Miembro de Número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Consejero del Centro de Estudios Públicos.

Ellas explican, según el autor, por qué se han generado cambios en los equilibrios de fuerzas al interior de las dos coaliciones mayoritarias, la Concertación de Partidos por la Democracia y la Unión para el Progreso de Chile.

El presente análisis de las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1993 tiene como contexto tres marcos de referencia. En cada uno de ellos se establecen los parámetros que delimitan la orientación y el curso del proceso político. Estos tres referentes tienen una gravitación o influjo diferente, en virtud de la diversidad de sus grados de intensidad y de duración en el tiempo. El análisis de estos marcos nos entrega instrumentos hermenéuticos que nos permiten explicar las elecciones no solamente como un evento puntual, sino también como un hecho inscrito en una sucesión concatenada por dinamismos culturales, políticos y sociales de largo plazo.

Marco de referencia general

El primero de esos marcos de referencia es la dirección general impresa al proceso político por el ingreso del país a la democracia, en 1988. Se trata de un factor que opera como dinamismo de largo plazo. Es el referente último de las elecciones en cuestión, porque nos remiten al origen y línea de desarrollo de una trama general, en cuyo interior se desarrollan, articulan, avanzan y retroceden todas las acciones colectivas singulares de los agentes políticos del país. A este factor hay que atribuirle una fuerte intensidad y una larga duración temporal, a tal extremo que viene a constituirse en el horizonte permanente del discurso y la actividad política cotidiana. Por su fuerte intensidad podemos preverle la duración larga de un nuevo bloque de continuidad en la historia política de nuestro país. Y, por la misma razón, se le pueden atribuir las características propias de un principio de legitimidad política. El segundo referente, más inmediato y dependiente del primero, es el desarrollo de las estrategias de los partidos y coaliciones políticas formales e informales durante el período 1990-1993. Y el tercero son los efectos de las tácticas electorales asumidas por las coaliciones, los partidos y los actores políticos en los comicios realizados el 11 de diciembre de 1993.

Dicho brevemente, este análisis parte del axioma que todo acto electoral es el resultado acumulativo de un proceso de larga duración y de las estrategias de mediano plazo y la campaña electoral inmediata realizada por

los actores políticos; y, por lo mismo, de factores que emergen de desplazamientos históricos, por una parte, y de los proyectos racionales de los actores políticos, por otro.

Las elecciones se realizaron en el marco global del proceso de democratización que se inauguró en el plebiscito de 1988. La línea central de ese proceso, desde un punto de vista puramente descriptivo, puede caracterizarse por la sucesión, instalación, inicio, transición y consolidación de la democracia. Pero, como proceso social interno y profundo, su rasgo esencial es la configuración durante ese proceso de un consenso sobre los principios y las instituciones básicas del sistema político y económico (democracia representativa y economía de mercado). El retorno a la democracia, como evento, consistió en el traspaso del poder político desde el régimen militar al primer gobierno elegido democráticamente, después del período autoritario 1973-1990. Ahora bien, tanto este último evento, como la trayectoria descrita por el proceso y su ritmo interno (consenso), están fuertemente marcados por la naturaleza pactada de la transición a la democracia. O sea, por los acuerdos que modificaron a la Constitución de 1980 y consagraron en un plebiscito (1989) el régimen institucional vigente. Aun cuando el consenso recién mencionado constituye el núcleo esencial de este proceso, es evidente que los contenidos del pacto de transición (senadores designados, Consejo de Seguridad, autonomía de las FF.AA., inamovilidad de sus Comandantes en Jefe, sistema electoral mayoritario binominal y otros) tienen un peso que ha gravitado en esta fase de su desarrollo. En este sentido, el pacto expresa una transacción que permite la instalación de la democracia al costo de institucionalizar en el nuevo régimen algunas de las inercias fácticas del antiguo régimen.

De acuerdo a lo anterior, la línea demarcatoria establecida por los plebiscitos de 1988 y 1989 no solamente divide al antiguo y al nuevo régimen, sino también la transferencia de la mayor legitimidad política desde el gobierno militar hacia los grupos y actores que mejor reflejaron el ingreso a la democracia. Así, los representantes del antiguo régimen fueron notificados, tanto en esos plebiscitos, como en las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1989, que la mayor legitimidad política la tenían ahora aquellos que mejor representaban a la democracia. Este es un fenómeno típico de cambio de régimen político.

Este cuadro general, que tiene caracteres de bloque de continuidad histórica, sigue plenamente vigente, y no hay indicios que permitan sostener que está próximo el agotamiento de su ciclo vital. En este marco global, en consecuencia, hay que inscribir los triunfos de Eduardo Frei y de la Concertación de Partidos por la Democracia en las elecciones presidenciales y parlamentarias del pasado 11 de diciembre de 1993. Tales resultados, en otras palabras,

son proyecciones de las virtualidades del cambio de régimen. Constituyen, por otra parte, el premio a los que detentan en mayor grado —por su oposición al régimen autoritario— la nueva legitimidad democrática surgida después del 11 de septiembre de 1988. Y, a la inversa, las derrotas de la candidatura de Arturo Alessandri y de la coalición Unión para el Progreso de Chile, en parte, reflejan el costo que paga la fuerte deslegitimación política del antiguo régimen y los grupos relacionados con él.

La naturaleza pactada de la transición a la democracia tiene efectos muy definidos en estas elecciones. El sesgo que esta característica le imprime al proceso político, aun cuando sus efectos se vayan diluyendo con el tiempo y el avance de la democratización, es bastante claro. El pacto ha permitido que actores del antiguo régimen se adaptaran a la nueva legitimidad democrática (cuando ello no ocurre, por ejemplo, en casos de revolución o de ruptura violenta, esta adaptación es altamente improbable e incluso imposible) y asumieran un nuevo protagonismo político. La viabilidad política, abierta por el pacto de transición a personalidades y grupos vinculados con el antiguo régimen, ha tenido un efecto estabilizador del proceso democratizador, porque ha disminuido los niveles de conflicto y fortalecido las políticas de acuerdos y cooperación. Este fenómeno está reflejado en los resultados electorales que tuvo la Unión para el Progreso de Chile. No es la mayoría, pero es una minoría fuerte e influyente.

Segundo marco de referencia: Las estrategias

Las estrategias desarrolladas por los agentes y grupos políticos más centrales se han enmarcado con el contexto global descrito. Pero, como es natural, las diferencias entre las dos coaliciones han obedecido no solamente a una distinta lectura de ese contexto, sino a las modalidades que ellas han adoptado para establecer sus posiciones como actores del proceso político. No resulta sorprendente que, en general, la Concertación y la oposición, en una primera fase, hayan adoptado las conductas clásicas de “portadores del nuevo régimen” versus “defensores del antiguo régimen,” respectivamente. Sin embargo, este esquema de acción y reacción es demasiado general, porque no incluye matices, ni tampoco los cambios que han ido ocurriendo a nivel de los liderazgos, los partidos que integran a las coaliciones, los grupos internos de cada partido y el electorado en general. Por estas razones conviene analizar, a grandes rasgos, los movimientos estratégicos de la Concertación y de la oposición separadamente.

La estrategia concertacionista

La estrategia general desarrollada por la Concertación tiene tres características principales: aceptación y ampliación del consenso; fortalecimiento de la unidad coalicional, y neutralización pasiva o por omisión de las inercias autoritarias.

La primera de las características enunciadas, en cierta medida, es la prolongación del pacto de transición. Aun cuando, por otra parte, a través del período presidencial de Patricio Aylwin se ha operado un nítido y persistente giro de la Concertación, y de sus principales líderes, hacia una aceptación más profunda de los contenidos básicos del consenso. Este hecho no solamente es perceptible al analizar la evolución de la política económica global, sino aspectos más específicos de las políticas públicas que derivan o se sustentan en el liberalismo económico. Y, en el caso de la izquierda, esta percepción puede ampliarse a los contenidos de la democracia representativa. Este es un aspecto que es bastante más claro cuando se analizan los movimientos tácticos realizados por grupos, subgrupos y líderes individuales en los meses que precedieron a las elecciones.

Es evidente que este giro estratégico mayor —especialmente para la izquierda, pero no irrelevante para ciertos sectores comunitaristas de la democracia cristiana— desencadenó un movimiento de aceptación del gobierno de Aylwin y de la Concertación en los sectores más vinculados con la actividad privada, particularmente la empresarial. Las diferencias existentes antes y después del gobierno de Aylwin, entre esos sectores y el espectro concertacionista, han cambiado radicalmente. Unos y otros se han legitimado mutuamente, transfiriéndose entre sí bienes diferentes (democracia por no beligerancia del poder económico y recíprocamente).

El segundo rasgo estratégico que caracteriza la conducta de la Concertación durante el gobierno de Aylwin es el cultivo de su propia unidad. Hay que tener presente que dicha unidad se había forjado en la oposición al gobierno de Pinochet. A pesar de las diferencias que se habían agudizado durante el gobierno de Allende, tanto la democracia cristiana como las diversas vertientes del socialismo habían construido una oposición unida y consistente al régimen militar. Tanto el triunfo del No en 1988 como la constitución de la Concertación de Partidos por la Democracia son dos instancias que posibilitaron el triunfo de la candidatura de Patricio Aylwin. Pero hay otros dos factores que ejercieron un importante influjo en ese resultado: la alta votación obtenida por el Sí (40%) y el sistema electoral mayoritario binominal. El primero fue interpretado como un poder electoral con capacidad para elegir un candidato presidencial derechista y próximo al antiguo régimen, especial-

mente si la oposición democrática se dividía. El sistema electoral, por su parte, se basa en la mayoración de las dos primeras agrupaciones mayoritarias y en un fuerte castigo a las fuerzas terceras, a las cuales deja sin representación parlamentaria. Como en Chile hay multipartidismo, y no existen dos partidos políticos antagónicos capaces de disputarse por sí solos la mayoría absoluta, este sistema mayoritario fuerza a la constitución de dos coaliciones. Son ellas las que se reparten casi todos los escaños parlamentarios (véase Cuadro N° 6). Por otro lado hay que considerar, como parte del escenario de 1989, que la alta deslegitimación democrático-liberal de la izquierda le impedía un protagonismo que no fuera en coalición con la democracia cristiana. Además, la izquierda tenía la conciencia de que debía pagar los costos del fracaso del gobierno de la Unidad Popular. Estos costos incluían los riesgos de una posible hegemonía democratacristiana al interior de la Concertación, al menos durante el período de transición a la democracia. Finalmente, también hay que considerar que la unidad tenía un incentivo: las posiciones de poder que las elecciones de 1989 pusieron a disposición de las dirigencias de la Concertación, muchos de cuyos líderes habían conocido el exilio y otras violaciones a sus derechos personales y políticos. Después de una larga travesía por el desierto, el oasis del poder.

El tercer rasgo estratégico se refiere a la conducta asumida frente a las inercias del régimen autoritario. Si miramos la estrategia global seguida a este respecto, y cuya aplicación hoy día podemos rastrear en las acciones del gobierno y de los parlamentarios de la Concertación (tomados como grupo, no individualmente), podemos concluir que ella estuvo ceñida a una cuidadosa administración del grado de conflicto admisible con las Fuerzas Armadas en general y con el general Pinochet en particular. Se puede decir que la política de Aylwin respecto de las violaciones de derechos humanos, acontecidas durante el gobierno autoritario, es el emblema de la economía del conflicto practicado por el primer gobierno de la Concertación. La emisión del informe Rettig (Comisión Verdad y Reconciliación)¹ y la tolerancia del poder civil para que las Fuerzas Armadas, a través de sus mandos superiores, se pronunciaran políticamente acerca de su contenido, expresan la brecha entre la retórica antiautoritarista y la realidad de los entendimientos que caracterizan a la transición. La voluntad de evitar la confrontación y mantener un bajo nivel de conflicto, y el recurso al secreto de Estado, explican el pesado silencio que rodeó a acciones tales como los “ejercicios de enlace” y, en menor escala, al llamado “boinazo”. Los resultados puramente retóricos, sin ningún efecto concreto, de las actividades de la Comisión investigadora especial de la Cáma-

¹ Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, “Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación”, *Estudios Públicos*, 41 (verano de 1991), pp. 293-447.

ra de Diputados sobre la participación de un hijo del general Pinochet en las transacciones financieras y administrativas anexas a la venta de una empresa estatal militar, son otra demostración de esta misma estrategia.

La política de derechos humanos, englobada en la promoción de la reconciliación, por una parte, y la tesis de la justicia en la medida de lo posible, por otra, sirvió de criterio central para manejar esta variable estratégica. Por otra parte, la aplicación de la facultad presidencial para indultar, aplicada a quienes cometieron delitos asimilables a acciones opositoras violentas al régimen militar, sirvió de eficaz instrumento de disuasión y pérdida de eficacia crítica de la izquierda más radical. De este modo, a través de una política de no confrontación directa y de una estricta economía del conflicto, se dio preferencia al paso inexorable del tiempo.

Quizás, por último, la evidencia más patente acerca de esta variable estratégica se encuentra en la decisión del Presidente Aylwin, al comienzo de su gobierno, de postergar y paralizar las reformas constitucionales que el programa de la Concertación había elaborado y expuesto al país como plataforma de su candidatura. Ellas afectaban a las instituciones a través de las cuales discurre o se apoya, directa o indirectamente, la participación de las FF.AA. en el proceso de decisión política.

La estrategia opositora

Al iniciarse el gobierno de Aylwin, la actual oposición estaba fuertemente identificada con el gobierno militar. No solamente se sentía cercana al gobierno militar, y, por lo mismo, al régimen que había terminado, sino que se veía a sí misma como un movimiento de defensa y proyección del patrimonio heredado de las fuerzas que habían apoyado al general Pinochet, como candidato único a la Presidencia en el plebiscito de 1988 y a Hernán Büchi en las elecciones presidenciales de 1989. Al mirar en retrospectiva ambas acciones, resulta sorprendente la pretensión estratégica de convertir súbitamente a personas plenamente identificadas con el gobierno militar en protagonistas centrales del nuevo régimen democrático.

Es probable que los exitosos resultados de las profundas transformaciones económicas realizadas durante el régimen autoritario, y el apoyo popular que éste tenía, dieran verosimilitud a este grave error de evaluación acerca de la nueva instancia que vivía el país. En todo caso, el rechazo a la oferta de una salida distinta hacia la transición, llevando a un nominado civil al plebiscito de 1988, había revelado que la cúpula política del régimen autoritario había decidido prolongarse a sí misma en una nueva fase de democracia protegida o

vigilada. Este designio estratégico no se abandona con la derrota del general Pinochet, simplemente sufre modificaciones. La primera y más importante es que el general Pinochet debía abandonar el protagonismo político directo para recluirse en la Comandancia en Jefe del Ejército y ejercer desde ella una función política indirecta, como garante de la mantención de la institucionalidad creada por su régimen y de los acuerdos a que se llegaría con la oposición en el pacto de transición. Ahora, el protagonismo político directo correspondía a los herederos civiles del régimen militar. La segunda rectificación estratégica consistió en legitimar la Constitución de 1980, concediéndole a la oposición ciertas reformas, que esta última consideraba una condición básica para conferirle un carácter más democrático y menos autoritario. Esta decisión, por otra parte, como un efecto no previsto por sus propios ejecutores, jugó un rol muy importante en la configuración del consenso mencionado más arriba. En efecto, incluyó a todo el espectro político en un acuerdo que inicialmente constituyó un mero *modus vivendi*, pero que ha concluido por transformarse en un consenso.

Pero las decisiones acerca de la continuidad del antiguo régimen, y su nexo con la recuperación de la democracia, no dependían solamente de los herederos formales del gobierno autoritario y de los representantes de la oposición democrática. Las decisiones también pasaban por el influjo de un amplio sector derechista, con raíces en la tradición republicano-democrática del país. Este sector les dio un fuerte impulso a las negociaciones que culminaron con las reformas constitucionales plebiscitadas en 1989. A este respecto hay que tener en cuenta que en las negociaciones técnicas y políticas, que antecedieron a esas reformas, se hizo parte el gobierno militar, los partidos de la actual Concertación y Renovación Nacional (RN). La Unión Democrática Independiente (UDI) no participó en este proceso y defendió encarnizadamente la intangibilidad de la Constitución de 1980, sosteniendo que era un todo cuyas partes no podían ser alteradas a riesgo de afectar su sentido y eficacia integral.

El punto de convergencia fundamental, tácita o explícita para todas las partes negociadoras, fue la aceptación de la democracia representativa y la economía de mercado como modelos reguladores. A partir de allí, se establecieron las diferencias. Sin embargo, aun cuando este podía haberse transformado en el referente central de la estrategia de la derecha y la centroderecha, lideradas por los sectores tradicionales, se produjeron una serie de impases y divisiones que hicieron inviable la unidad estratégica. En definitiva, no prevaleció una estrategia para todo el sector, sino una diversidad de estrategias entrecruzadas, e incluso contradictorias, de los grupos que lo componían. Renovación Nacional, a pesar de la heterogeneidad de quienes la integran, logró diseñar y poner en marcha una estrategia denominada "democracia de

los acuerdos”,² que le rindió buenos resultados: rápida legitimación democrática y una mayor distancia relativa con los grupos más duros del sector. Incluso personeros suyos, muy afectos al antiguo régimen, trazaron una sutil línea de separación con éste y asumieron las responsabilidades, lealtades y exigencias del nuevo régimen. Sin perjuicio de secretos afectos, la estrategia de la democracia de los acuerdos sirvió de eje para colaborar con el gobierno en la legislación que se consideraba indispensable para el éxito de la transición. La UDI, en cambio, hizo algunos giros tácticos espectaculares, como sumarse a la mayoría parlamentaria concertacionista para compartir posiciones de autoridad en el Senado y la Cámara de Diputados, pero mantuvo en lo esencial un discurso de adhesión a las realizaciones del antiguo régimen. En los primeros dos años de gobierno democrático, la UDI sostuvo una sistemática identificación con la persona del general Pinochet y, por lo mismo, con los sectores más autoritarios de la derecha. Ninguno de los dos partidos logró diseñar una estrategia que atrajese al otro y uniese a todo el sector. Solamente la ley electoral los obligó a moderar sus conflictos y a competir dentro de una coalición que los condujo a repartirse la representación del sector en el parlamento.

La carencia de una estrategia común no puede imputarse enteramente a las dirigencias de RN y la UDI. En gran medida ese déficit es producto de la desarticulación de la unidad que el antiguo régimen les daba a las fuerzas que lo apoyaban, por una parte, y de las derrotas sufridas por ambos partidos ante quienes detentaban una mayor legitimidad democrática, por otra. El dinamismo del proceso político jugaba, en consecuencia, una función determinante, más allá de las posibilidades que podían abrir el protagonismo de las cúpulas y los liderazgos individuales de los partidos de derecha.

Un efecto devastador de ese dinamismo y la ausencia de una estrategia única bloquearon la capacidad de ambos partidos para ordenar y canalizar la representación política del sector. Una gran diversidad de personalidades y grupos informales actuaron por vías laterales, intentando ejercer influjos y presiones sobre los mecanismos y el proceso de toma de decisiones de los partidos de derecha, restándoles autoridad y eficacia a sus propias dirigencias. En general, estos grupos se acogieron al expediente, carente de base hoy día, del independentismo de los años cincuenta a setenta, cuando la lucha ideológica había deteriorado al régimen representativo, y, en consecuencia, al sistema de partidos políticos. El populismo y la apelación a la democracia directa y a la

² Andrés Allamand, *La centroderecha del futuro* (Santiago de Chile: Editorial Los Andes, 1993), pp. 44-67.

destrucción de las instituciones de representación formaban parte de la doctrina revolucionaria en auge. La derecha, por otra parte, en esa época, sumaba a este fenómeno su propia crisis interna, que consistía en su desarme intelectual y su posición de retirada frente a la ideología socialista. En este contexto, la emergencia de líderes y movimientos independientes coyunturales constituían tablas de salvación. La situación presente es diferente: la democracia representativa se ha consolidado y no existen proyectos alternativos. Esa consolidación incluye un fortalecimiento de los partidos políticos y la marginalidad de los espontaneísmos y los protagonismos solitarios y autorreferentes.

En suma, la oposición a la Concertación no tuvo una estrategia única. Ni el antiguo régimen, a través del Comité Asesor del Comandante en Jefe del Ejército, ni los partidos que la componen, ni los grupos espontáneos e informales lograron articular una estrategia de ese tipo. En consecuencia, prevaleció la diversidad estratégica. Sin embargo, si *ex post* se pudiese definir la función estratégica esencial que jugó la oposición durante los cuatro años transcurridos, ¿cuál sería ella? Esta pregunta se refiere a la estrategia espontánea o de hecho; o sea, a una suerte de sustituto de estrategia que hubiera actuado a pesar de sus actores (un sucedáneo, puesto que toda verdadera estrategia es siempre un proyecto racional, deliberado, consciente). La oposición, a causa de los espacios de acción delimitados por la Constitución de 1980 y la índole pactada de la transición, ha actuado como factor equilibrante en el proceso de recreación democrática. En este sentido, RN ha tenido un protagonismo de liderazgo, que no opaca a aquel que ejerció la UDI, cuya conducta en este sentido debe ser evaluada muy positivamente.

Los movimientos táctico-electorales

Las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1993 estuvieron precedidas de intensas actividades preparatorias de las campañas. Una primera consideración acerca de esas actividades indica que mientras la Concertación logró encauzar el proceso preelectoral interno dentro de procedimientos de unidad, lealtad y mutua solidaridad, la oposición sufrió las consecuencias de sus propias contradicciones. De este modo, la Concertación pudo iniciar tempranamente sus procesos internos, tanto a nivel de los partidos como de los subpactos que la componen, y desarrollarlos con un mínimo de conflictos competitivos, sin que en ningún momento se arriesgara ni su eficacia política ni mucho menos su sobrevivencia. A la inversa, la oposición sufrió un largo y penoso proceso de querellas y desencuentros, que la acercaron a la anarquía. La Concertación se rigió por un calendario que incluyó definiciones de

precandidaturas, una versión controlada de primarias entre las precandidaturas presidenciales y la realización de una campaña tranquila y plena de confianza, encabezada por el senador Eduardo Frei. La oposición pareció, en los comienzos del proceso preelectoral, entregarle el mejor derecho de elegir el candidato presidencial a RN, pero el escándalo Piñera-Matthei hundió esa alternativa. Después de una dramática sucesión de negociaciones y tensas disputas, que finalizaron con la constitución de un pacto de unidad que agrupó a todo el sector (Unión para el Progreso de Chile), la oposición logró organizar una convención de la cual salió elegido el senador Arturo Alessandri como candidato a la presidencia.

Los dispositivos tácticos montados por las coaliciones principales tienen algunos rasgos comunes. El primero, y más notable, es la preservación de cierta continuidad política en un marco de paz. De alguna manera, las dos coaliciones mayoritarias plantearon la mantención y proyección de líneas de continuidad, tanto en las políticas como en el estilo de concordia establecido durante la transición. La Concertación definió sus propuestas dentro de la dirección ya trazada por el gobierno de Aylwin. La Unión, por su parte, sostuvo la necesidad mantener nexos de continuidad con el régimen autoritario, especialmente en el ámbito constitucional y económico. Una segunda característica común es la voluntad de limitar el grado de conflicto en la competencia electoral. Así, ambas coaliciones generaron, a través de sus respectivas campañas, discursos y publicidad, la imagen de competencia pacífica al interior de la democracia, sin conflictos ni grandes polarizaciones. La tercera característica compartida por las coaliciones mayores fue la apelación a los intereses y demandas de la gente común y corriente, en un lenguaje atractivo para los sectores medios, con propuestas optimistas y alcanzables para los estratos socioeconómicos más desfavorecidos y tranquilizadoras para los altos. Por esta razón, la solución a los problemas detectados como prioritarios por las encuestas (seguridad, salud, educación, pobreza, vivienda, etc.) constituyó el núcleo de las ofertas electorales de los candidatos presidenciales y parlamentarios. Las diferencias se dieron a otro nivel.

Principales movimientos tácticos de las candidaturas de la Concertación

Durante la precampaña, cuya finalidad era definir la candidatura presidencial y la atribución de posiciones en las circunscripciones y distritos electorales, la Concertación experimentó una breve y bien acotada lucha entre sus componentes. Al interior del PDC y sus aliados, la postulación de Eduardo Frei recorrió todas las instancias formales necesarias para alcanzar la

precandidatura del subpacto. Hay que recordar que Eduardo Frei en 1989 ya había postulado, al interior de su partido, a esa precandidatura. En esa ocasión había sufrido las consecuencias de no contar con un aparato electoral propio, que canalizara al freísmo en las estructuras partidistas. La solución fue montar ese aparato y obtener la presidencia del PDC. Los plazos temporales que mediaron entre esta última elección y el proceso de designación del precandidato presidencial fueron muy escasos. Ello contribuyó a subsumir en un mismo proceso electoral la presidencia del partido con la designación de precandidato presidencial. Por otra parte, cara al país, Eduardo Frei partió con tres activos altamente rentables: su nombre, que sintetiza sus propias cualidades y el recuerdo de su padre, el Presidente Eduardo Frei Montalva; su itinerario político de bajo perfil, que no permitía identificarlo ni con una militancia excesiva en su propio partido, ni con una oposición radical al antiguo régimen, ni con la crítica más acerba a las reformas económicas realizadas por este último (usuales durante todo el gobierno militar), y, por último, sus relaciones con el sector empresarial, donde desarrolló actividades profesionales durante un largo período de su vida. El carácter tenue de este perfil le permitía ostentar la legitimidad democrática de su partido, reforzada por la imagen de su padre; ejercer un efecto disuasivo e incluyente sobre los sectores políticos menos radicales del antiguo régimen, y proyectar una imagen de comprensión y simpatía por la función del empresariado en el desarrollo del país. Hay que decir que la legitimidad democrática, en este caso, incluyó la imagen del fuerte interés del candidato por los problemas de los más pobres y, por lo mismo, de su sensibilidad social.

El subpacto que reúne a la izquierda concertacionista sabía de antemano que el final de la competencia por la candidatura presidencial estaba previsto. En este contexto, la izquierda lanzó tempranamente la precampaña de Ricardo Lagos. A mi juicio, esta campaña tenía, al menos, los siguientes objetivos: fortalecer la legitimidad democrática de la izquierda, para distanciarla y diferenciarla de su identificación con la Unidad Popular de los años 60; fortalecer y consolidar la penetración del subpacto en el centro político, para ser percibida en el futuro como una opción presidencial tan viable y válida como la democracia cristiana; ampliar la base electoral para crear una nueva correlación con el subpacto liderado por la democracia cristiana (factor importante para la eficacia de la campaña parlamentaria y que rindió frutos); darle a la campaña electoral un cierto suspenso, introduciendo elementos competitivos que compensaran su carácter de dramatización teatral o limitaran movimientos de desinterés de la opinión pública, y, finalmente, neutralizar los probables efectos de las candidaturas presidenciales que se levantaron en los sectores más izquierdistas del espectro político. La precampaña llevada a cabo

por Lagos, bajo la dirección de Carlos Ominami, cubrió todos los objetivos previstos. A modo de ejemplo, se puede anotar que en el capítulo de profundización y extensión de la nueva legitimidad adquirida por la izquierda, esa campaña hizo avances notables, sobre todo en sectores especialmente refractarios al socialismo y al estatismo, como son los empresarios. Al otro extremo, como lo demostraron las elecciones mismas, la izquierda tradicional y ortodoxa no logró revertir a su favor la mayor concentración de representatividad izquierdista en el socialismo renovado y el liberalismo de izquierda. E igual éxito se puede anotar en los otros objetivos, como revelan los resultados electorales.

Ya conocemos el desenlace, que fue espectacularmente escenificado en una primaria y una convención. Eduardo Frei ganó las elecciones de esas primarias, en la cual participaron más de 600.000 electores pertenecientes a los partidos de la Concertación. Los representantes de estos electores (1.800) y los dirigentes partidistas (1.200), reunidos en una convención proclamaron a Frei como candidato de la coalición concertacionista el 30 de mayo de 1993. A partir de este evento se inició la campaña presidencial informal. Una mirada retrospectiva revela que los conductores de esa campaña pretendieron y consiguieron ciertas finalidades muy precisas. Por de pronto, se partió del supuesto que Frei no podía ser derrotado y que iba a ganar, como lo indicaban distintos factores, entre los cuales ya se han reseñado los principales y que pueden englobarse en un solo juicio: pertenencia de Frei a la fuerza política portadora de la nueva legitimidad expresada en la mayoría electoral concertacionista. La secuencia electoral indicaba, a esa fecha, que la Concertación había obtenido el 52% de los votos en las parlamentarias de 1989 y el 53,4% en las municipales de 1992. Y las encuestas corroboraban esa tendencia, acrecentando las expectativas electorales de Frei. Las encuestas CEP-Adimark, realizadas entre agosto de 1992 y junio de 1993, revelan la distribución del favor electoral concertacionista a Frei pero con un ascenso de Lagos y el predominio irresistible del primero una vez que recibió el apoyo de toda la coalición. Vale la pena recordar algunas cifras. Fase de las precandidaturas: Frei 28,3% y Lagos 15,1% (agosto de 1992); Frei 38,5% y Lagos 17,2% (diciembre de 1992); Frei 37,1% y Lagos 21% (marzo de 1993). Fase de la candidatura concertacionista: Frei 51,6% (junio 1993); 57,6% (octubre 1993); 58,8% (noviembre 1993).³ Tácticamente se difundió el argumento de no asegurar el triunfo en los térmi-

³ Centro de Estudios Públicos, "Estudio social y de opinión pública N° 22, noviembre 1993", *Documento de Trabajo* N° 205 (diciembre 1993), Santiago de Chile.

nos técnicamente previsibles, o sea, por una gran mayoría, para moderar el triunfalismo y desincentivar el inmovilismo de las bases, la abstención y la exagerada ausencia de imprevistos, que podían disminuir los efectos del triunfo o descargar de energía al clímax del resultado electoral.

El segundo movimiento táctico importante se refiere a la administración del perfil de Eduardo Frei. A este respecto, la idea central fue identificar a Frei como alguien cercano al arquetipo del hombre común. Para producir esta identificación se contaba con el carácter tenue de la personalidad política de Frei, a la cual no es ajena una cierta ambigüedad ideológica y práctica. De este modo, la imagen moldeada tenía varios ingredientes, pero el más importante es que la candidatura de Frei debía expresar las principales preocupaciones de la gente común, ofreciendo soluciones que no contradijesen las ideas u opiniones predominantes de la gente. En las encuestas CEP-Adimark el voto posible de Frei —personas que no excluían votar por él— oscila en torno al 80% (en junio de 1993 ese voto era del 80%, en octubre bajó a 76,9%). No contradecir a un número tan vasto de electores obligó a desdibujar radicalmente cualquier conato de ideologismo y a mantener un discurso pragmático, capaz de abarcar las percepciones básicas de la gran mayoría. Al hilo de este argumento, la campaña evitó cualquier debate sobre cuestiones que pudieran dividir ese enorme universo electoral. En el transcurso de la campaña se rectificaron, sin afectar esta línea argumental, algunos problemas puntuales de imagen que surgieron en el desanimado debate político electoral. Así, por ejemplo, se corrigió la opinión de que Frei carecía de ideas propias y no tenía capacidad expresiva y autoridad, alternando su imagen cercana con gestos de asertividad, energía y autoridad y una cuidadosa comparecencia, en un solo debate televisivo, con su contrincante más importante, el senador Arturo Alessandri.

Un tercer aspecto táctico relevante lo constituye la sutil diferenciación que la campaña estableció entre el gobierno de Aylwin y los “tiempos nuevos” que caracterizarían al de Frei. La idea marco de la “continuidad” fue matizada por el impulso que inspiraría al nuevo gobierno y le daría un sello propio y diferenciador. Frei mismo emblematicó este mensaje en su edad y en las diferencias generacionales que lo distinguen de una gran parte de la elite política de la pasada administración. Pero, el mayor peso argumental recayó sobre la superación de una doble negación: el autoritarismo (el antagonista) y “la nostalgia de un mundo que agotó sus ideales” (la autocrítica).⁴ Tal superación constituye el argumento central de los nuevos tiempos cuyas prioridades socia-

⁴ Documento difundido por la campaña de Eduardo Frei, “Un gobierno para los ‘Tiempos nuevos’”. Bases programáticas del segundo gobierno de la Concertación”, sin pie editorial, p. 1.

les son los pobres, los jóvenes y las mujeres, pero cuyos contenidos son apelaciones generales a la democracia, la justicia y la equidad. Por esta razón, los signos diferenciadores se dieron a nivel de las personas encargadas de exponer, en nombre de Frei, los lineamientos de las políticas públicas preconizadas durante la campaña. Así, por ejemplo, se recurrió al desempeño del equipo económico de Aylwin, encabezado por el Ministro Alejandro Foxley, pero se marcó la diferencia a través de la persona de Juan Villarzú, cuya imagen y planteos más liberales estaban destinados a interlocutores inalcanzables para el anterior gobierno.

Otro elemento táctico fue la apelación a la eficacia gobernante y a la viabilidad política y operativa de las propuestas programáticas. Aproximadamente el argumento eje es el siguiente: todo lo que proponemos y lo bueno que plantea la oposición lo podemos hacer mejor nosotros: no hay dramáticas diferencias de fondo entre las soluciones e instrumentos técnicos que unos y otros ofrecen. No solamente contamos con un capital que la oposición no posee: legitimidad y apoyo mayoritario; además, tenemos el *expertise* técnico para ello. La aminoración de la distancia ideológica con la oposición y la continuidad de las políticas económicas dio consistencia a este tipo de argumentación. Aquí el desempeño y los logros del equipo del ministro Alejandro Foxley jugaron otro rol: concedieron credibilidad a estos planteos. Ahora, profesionales y tecnócratas tan reputados como Foxley, pero más liberales, vendrían a proyectar esa credibilidad hacia el futuro. Este giro táctico tuvo bastante eficacia durante la campaña y se le puede atribuir el fuerte giro de electores del sector socioeconómico alto y de grandes contingentes de potenciales electores de derecha hacia la candidatura de Frei. La encuesta CEP-Adimark realizada en octubre-noviembre de 1993 indicaba que el sector alto estaba inclinado mayoritariamente a votar por Eduardo Frei (39,8%), situando a Arturo Alessandri en el tercer lugar de sus preferencias (22,2%), levemente detrás de Max-Neef (23,2%). Este estrato socioeconómico es electoralmente débil (en torno al 8% del universo total), pero es siempre un barómetro de la apreciación que los sectores económicamente más poderosos tienen acerca de la política económica vigente, y su juicio ejerce un fuerte influjo político. Las personas que se autoidentificaban como derecha, por otra parte, en esa misma encuesta, se repartieron casi en mitades entre Frei (40,4%) y Alessandri (40,4%) dejándole a Piñera un 11% y a Max-Neef un 2,5%. Las personas que en distintas encuestas se identifican a sí mismas de este modo (derecha y centro-derecha) constituyen alrededor del 28% del universo total.⁵

⁵ Centro de Estudios Públicos, "Estudio social y de opinión pública N° 22", noviembre 1993, *Documento de Trabajo* N° 205 (diciembre 1993), Santiago de Chile.

El resto de las candidaturas presidenciales, situadas en los márgenes izquierdos de la Concertación, se plantearon como alternativas de protesta del gobierno concertacionista, total o parcial. Básicamente intentaron hacer una crítica de ese gobierno a través de sus respectivas campañas, sabiendo de antemano que no podían ser una alternativa de gobierno. La candidatura de Manfred Max-Neef produjo un buen impacto en los electores jóvenes, en la izquierda, en el centro más ilustrado y en sectores moderados de la derecha. El mayor capital de esta candidatura fue el candidato mismo, su no beligerancia, su capacidad comunicativa y la articulación de su discurso en torno al desarrollo sustentable y la preservación de los recursos no renovables. Las cualidades dialécticas del candidato, algunos trucos publicitarios y la ausencia de debate ocultaron la debilidad conceptual de sus propuestas, que hay que relacionar con el marco general de los planteos del Club de Roma en los años sesenta (crecimiento 0). Eugenio Pizarro, candidato del MIDA, recreó las propuestas de la izquierda de los años 60, constituyéndose en un testimonio público de la situación de crisis y profunda decadencia del Partido Comunista y el socialismo marxista en general. La candidatura de Cristián Reitze nunca traspasó su reclusión en el círculo minoritario de ex-concertacionistas descontentos con la política económica del gobierno de Aylwin y relacionados con una secta, SILO.

A nivel de la campaña parlamentaria, si bien los subpactos, los partidos y los candidatos buscaron el potente alero de la candidatura presidencial, se pudieron advertir diferencias tácticas relevantes entre la democracia cristiana y el subpacto de izquierda. La más importante fue el acento que la DC puso en el propio partido y en la afiliación democratacristiana de sus candidatos. Frente a este énfasis institucional, que bajó el perfil de las individualidades que postulaban a escaños parlamentarios, la izquierda hizo lo contrario. O sea, desdibujó las adhesiones y militancias institucionales y enfatizó el valor personal de sus candidatos: sus virtudes intelectuales y políticas individuales.

Principales rasgos tácticos de las candidaturas de la Unión

La oposición retrasó enormemente su calendario de actividades electorales, a causa de sus graves disensiones. La fase de precampaña estuvo impregnada por los desajustes internos de RN, que recién se aquietaron con la decisión de apoyar la precandidatura de Manuel Feliú (23 de enero de 1993). La UDI, por su parte, con más cohesión interna, propuso la precandidatura presidencial de Jovino Novoa (16 de enero de 1993) e inició una enérgica negociación para lograr la unidad de toda la derecha, incluyendo a todos los

grupos políticos que en las pasadas elecciones parlamentarias y municipales habían obrado separadamente, como son los casos de la Unión de Centro-Centro, Partido Democrático (UCC), Partido Nacional (PN) y el Partido del Sur. La competencia interna de la coalición fue dirimida en una convención, ante la cual concurrió un tercer candidato, el senador Arturo Alessandri. En esa convención, realizada el 8 de agosto de 1993, en la cual participaron 1.567 delegados de los partidos de la Unión e independientes, resultó elegido candidato presidencial este último senador (Alessandri: 887 votos; Feliú: 607 votos). Por otra parte, la coalición había logrado integrar a todo el sector, sin que quedase afuera ningún partido o grupo relevante. Así, quedó asegurada, a efectos de la inscripción de candidaturas parlamentarias, la unidad de la oposición. Este hecho es muy importante, porque el sistema electoral mayoritario binominal premia a las segundas mayorías, pero disminuye peligrosamente las posibilidades de este premio, hasta transformarlo en un fuerte castigo, cuando la intervención de terceras candidaturas de una misma tendencia cooperan a que la primera mayoría duplique a la segunda.⁶

La elección recién mencionada, realizada solamente cuatro meses antes de las elecciones, llevaba un gran retardo respecto de la candidatura de la Concertación, virtualmente iniciada el 30 de mayo. Su característica inicial, en consecuencia, fue la improvisación. Además, desde el comienzo pareció claro que habría dos campañas paralelas, con escasos efectos de retroalimentación entre sí: la presidencial y las parlamentarias. La primera partía de un supuesto realista: era prácticamente imposible obtener la Presidencia de la República. Suponer lo contrario era insensato. En cambio, la campaña parlamentaria, dada la fuerte evidencia anterior, tenía un objetivo positivo realizable: conseguir, al menos, el tercio de los escaños parlamentarios. Este tercio viene a ser un límite, porque es el quórum que permite limitar las reformas constitucionales. O dicho de otro modo, es el mínimo parlamentario necesario para que el gobierno requiera del concurso de la oposición para legislar en materias sustantivas. Sin ese tercio, la Concertación no necesita recurrir a los consensos

⁶ La doble ecuación límite del sistema se puede expresar así: 66% de los votos = 50% de los escaños y 34% de los votos = 50% de los escaños. Esta ecuación límite, en la práctica, es altamente improbable que se dé, porque las votaciones por distritos son heterogéneas. Sin embargo, ella define la orientación del sistema electoral. Por eso se dice que su tendencia es a privilegiar la mayoración de la segunda mayor pluralidad de votos. Este sistema, además, castiga a las terceras pluralidades de votos. Sin embargo, cuando ellas existen, actúan deteriorando a las mayorías a las cuales son afines o cercanas: en un caso impidiendo que la primera mayoría doble a la segunda, y, en el otro, permitiendo que la última sea doblada por la primera.

y la minoría política del país pierde su capacidad de influjo en las decisiones que afectan a las cuestiones constitucionales básicas. Por otra parte, las probabilidades de una alta votación para Alessandri estaban afectadas por la candidatura independiente de José Piñera, que no solamente podía restarle votos, sino trabar la capacidad de convocatoria y el dinamismo que produce la unidad de un sector.

Arturo Alessandri contaba, como Eduardo Frei, con un capital que provenía de su pertenencia a una familia con una gran tradición política y una sostenida vocación de servicio público. El nombre Alessandri evoca la tradición republicana del país. En este sentido, y como contrapeso a los sectores duros o más afectos al autoritarismo, la candidatura de Alessandri representó un cierto re-encuentro de la derecha con sus propias raíces. Por otra parte, el senador Alessandri no había participado en el gobierno militar, aunque siempre había manifestado su adhesión al régimen. Sin embargo, su candidatura estaba seriamente limitada no solamente por el marco general del proceso político, sino también por las divisiones internas del sector, la candidatura de José Piñera y la alta previsibilidad de su derrota. Además había otros factores adicionales menos visibles que conspiraban contra la eficacia de su campaña.

En efecto, la candidatura de Arturo Alessandri surge porque los partidos de la oposición fueron incapaces de generar un candidato de sus filas. De este modo, ella aparece bajo la fórmula consagrada por la derecha durante sus últimos 40 años: como un salvavidas en una situación de emergencia, como ya se dijo más atrás. Desde la descomposición de los partidos Liberal y Conservador, y la fuerte arremetida del socialismo y la socialdemocracia, la derecha experimentó un prolongado estado de decadencia intelectual y política. No se trataba solamente de un fenómeno local. En efecto, el predominio intelectual y el auge político del socialismo y el marxismo caracterizan a los años 50 y 60. En Chile, todo el espectro político deriva hacia la izquierda, atraído por el marxismo, las democracias populares y la planificación centralizada. La derecha pierde su orientación intelectual y hace grandes concesiones, poniendo una débil resistencia al deterioro de las instituciones básicas de la democracia representativa y la economía liberal. Los partidos de derecha asumen posiciones de mínima resistencia, salvo al final del decenio, cuando el proceso estatizador y la pugna ideológica hacían inviables las soluciones políticas pacíficas, que solamente la democracia representativa puede ofrecer. En este contexto, esos partidos apelaron a figuras independientes, de gran calidad moral y ampliamente respetadas por la opinión pública, como Jorge Alessandri, para enfrentar las contiendas electorales.

La situación presente es distinta. Las ideas afines a la derecha constituyen la base del consenso y, por lo mismo, de la estabilidad democrática del

país. Nuevamente se trata de un fenómeno universal. Ahora, son justamente la democracia liberal y la economía de mercado los ejes de la legitimidad política ascendente. Y los antiguos enemigos están en retirada, derrotados, conversos o transvestidos. Sobre estas premisas, en teoría, la primera tarea de la derecha es crear un subsistema de partidos sólido (o un gran partido) que concentre toda la representación y las intermediaciones del sector, autosuficiente y capaz de generar una opción de gobierno y levantar candidaturas entre sus militantes, sin el recurso a soluciones de emergencia, ni maquillajes independentistas. Esta tarea, en la práctica, es más compleja, porque está sujeta a ciertas condiciones. Ellas son tres: fortalecimiento de las bases intelectuales y éticas de la democracia representativa y del liberalismo económico, como ideario común del sector; la unidad política, y no puramente electoral, entre RN y la UDI (no significa la fusión de estos partidos) y la historización positiva del régimen militar, que significa reconocer el carácter transitorio del gobierno autoritario, privilegiando la gran línea de continuidad histórica del país, que es la democracia, e interpretando su obra como una contribución mayor a la reconstrucción de las instituciones políticas y económicas básicas del país (la historización positiva no excluye un juicio sobre los aspectos negativos del autoritarismo). Esta última condición se va a ir produciendo, de hecho, por la marcha del tiempo. Sin embargo, es necesaria una inflexión intelectual y práctica explícita —similar a la que ha hecho el socialismo en su proceso de reforma— para descargar al régimen militar del carácter de paradigma y superar la línea divisoria entre quienes hoy adscriben a las percepciones básicas de la derecha.

El planteo anterior constituye un *ex curso* estratégico. ¿Qué tiene que ver con el resto de este párrafo dedicado a consideraciones tácticas? Tiene que ver, porque la campaña electoral pudo ser una instancia funcional a un giro estratégico. Y en cierta medida lo fue. Por de pronto, tanto RN como la UDI lograron nuclear en torno suyo un pacto electoral incluyente de todas las fuerzas de la derecha. O sea, las elecciones constituyeron una ocasión de unidad, que además demostró un alto rendimiento electoral. Por otra parte, personalidades políticas que han privilegiado el autoritarismo (pinochetismo) y mostrando renuencia a una plena y leal incorporación de la derecha a la democracia recibieron un castigo electoral. E incluso más, gracias a la campaña de José Piñera para captar el voto duro de derecha, Arturo Alessandri apareció como una figura más al centro y más distante del autoritarismo que lo que él mismo confiesa. Esa táctica, resultado de la interacción de dos candidaturas, tuvo un efecto positivo, en el sentido de la historización a la cual me he referido. Pero, a pesar de lo dicho, Arturo Alessandri, por sus planteos eclécticos y su falta de comprensión acerca de la situación real que experimenta la derecha, no fue capaz de liderar un nuevo proyecto político. En definitiva,

administró con gran prestancia moral y simpatía una situación de derrota y ausencia de proyecto. Quizás su candidatura simbolice el fin de la vieja figura del independentismo y su impotencia para encauzar las virtualidades de una nueva derecha democrática.

La campaña electoral de Alessandri se modeló sobre la base de las garantías personales que ofrecía un miembro de una familia con una impresionante historia de servicio público (fuertemente avalada por las imágenes de los ex Presidentes Arturo Alessandri Palma y Jorge Alessandri Rodríguez). Esta variable incluía el carácter independiente del candidato y su mayor libertad para gobernar sin presiones políticas. La base del programa, por otra parte, enfatizó la necesidad de solucionar los problemas que cotidianamente están presentes en la vida de la gente común.⁷ Los partidos de la Unión, por su parte, con la excepción de los contenidos del programa, difundidos muy tardíamente, no pudieron seguir al candidato en su discurso independentista, porque ellos los habrían puesto en contradicción consigo mismos.

Los partidos, como ya se dijo, habían perdido la oportunidad de fortalecer su capacidad representativa eligiendo a un candidato presidencial entre sus miembros. En consecuencia escogieron la vía de plantearle al país la necesidad de moderar el proceso político con su presencia en el parlamento. Si el país aspiraba a mantener el clima de paz y continuidad, era necesario mantener ciertos equilibrios. De este modo, la campaña parlamentaria no tuvo caracteres agresivos o extremadamente negativos contra la Concertación: fue más bien una argumentación a favor de los equilibrios políticos y la posibilidad de contener cualquier movimiento que pudiera afectar los consensos básicos. Y un trabajo en el terreno, cerca de los problemas de los ciudadanos de cada distrito electoral

Por otra parte, los partidos de la Unión se beneficiaban de su propia unidad. Dada la inexistencia de candidaturas afines, y los resultados electorales de las elecciones parlamentarias de 1989 y municipales de 1992, era previsible que la Concertación no pudiese duplicarlos en alrededor de 50 distritos y en casi todas las circunscripciones senatoriales en las cuales había elecciones. Usando estas variables se podía prever un buen resultado electoral. El grado de incertidumbre provenía del traslado al ámbito de las elecciones parlamentarias de las señales que emitían las encuestas sobre las candidaturas presidenciales (que además se demostraron, en el caso de Alessandri, equivocadas) y de las contingencias propias de la competencia política. En todo caso,

⁷ Documento, "El país que queremos. Programa de gobierno. Alessandri", sin pie editorial.

la campaña parlamentaria discurrió por un canal separado de la presidencial, con escasos efectos de retroalimentación. Y con una argumentación más fuerte, creíble y persuasiva que esta última.

Los resultados electorales

Eduardo Frei alcanzó la Presidencia de la República con el 58% de los votos (universo válido: 6.910.587 electores). Arturo Alessandri, su contendor de la Unión para el Progreso de Chile, obtuvo el 24,39% de los votos, seguido por José Piñera (6,18%), Manfred Max-Neef (5,55%), Eugenio Pizarro (4,69%) y Cristián Reitze (1,17%).

En las elecciones parlamentarias, la Concertación de Partidos por la Democracia logró el 55,5% de los votos, con lo cuales eligió 70 diputados. La Unión para el Progreso de Chile, por su parte, alcanzó el 36,6% de la votación y 50 escaños de diputados.

Las elecciones presidenciales

Frei y las candidaturas de Max-Neef, Pizarro y Reitze

Frei alcanzó una altísima votación, superior a la de Patricio Aylwin en 1989 (55,2%) y superior al No en el plebiscito de 1988 (56%) (véase Cuadro N° 1).^{*} Pero la onda expansiva del proceso de legitimización de la democracia mostró un mayor dinamismo que excede a esa votación: la suma de sufragios allegados por Frei, Max-Neef, Pizarro y Reitze, representa el 69,4% del electorado. No es razonable situar toda la votación de Alessandri dentro del marco antagónico a esa legitimidad, ni tampoco ella es atribuible a una expansión del No (en la dicotomía Sí-No del plebiscito de 1988). Es altamente probable que el núcleo duro del antiguo régimen haya votado por Piñera y que, en consecuencia, mayoritariamente éste se halle dentro del 6,2% que votó por él. Tal sería, más bien, la línea divisoria antiguo / nuevo régimen.

Frei consiguió superar a Aylwin en alrededor de 2,2% de los votos. Se trata de 158 mil votos (véase Cuadro N° 2). No es enorme, pero es relevante. Lo relevante son los grandes desplazamientos de votantes al interior de todo el

^{*} Los cuadros se encuentran en el Anexo.

espectro político. En efecto, se puede suponer, con relativa facilidad, que la votación de Pizarro y Reitze proviene de electores que favorecieron a Aylwin en las elecciones pasadas. Se trataría de un desplazamiento de alrededor de 400 mil votos desde la Concertación a la oposición de izquierda radical (Partido Comunista, Alianza Humanista-Verde). Estamos hablando del 5,86% de la votación nacional. Por otra parte, Manfred Max-Neef obtuvo 388.847 votos (5,55%). Más de algún analista también atribuye esta votación a ex electores de Aylwin. Si esta última hipótesis fuera verdadera, la candidatura de la Concertación habría perdido 900 mil electores, que habría recuperado a expensas de la derecha y la centro derecha (véase Cuadro N° 3).

Creo que esa interpretación es básicamente verdadera, pero demasiado simple y debe ser matizada. Los hechos empíricos básicos son los siguientes: (1) Frei saca más votos que los candidatos a parlamentarios de la Concertación. (2) Una parte sustancial de la votación del MIDA no vota por Frei (habiendo votado por Aylwin en 1989). (3) La suma de los votos de Alessandri y Piñera es menor en 1 millón de votos respecto de la votación de Büchi y Errázuriz. (4) La Unión opositora obtuvo en las elecciones parlamentarias el 36,5% de los votos, o sea, 6,2% más que la de los dos candidatos presidenciales derechistas. No hay correspondencia de igualdad ni entre la votación de Frei y aquella de la Concertación; ni tampoco entre la de Alessandri y la de la Unión; ni entre la votación sumada de Frei, Max-Neef, Pizarro, Reitze y la suma de la Concertación, Mida y Humanistas-Verdes; ni entre la de Alessandri-Piñera y la de la Unión opositora. Hay una gran movilidad de electores, porque existe una masa electoral muy fluida y volátil.

Es evidente que en esta elección hubo grandes desplazamientos de electores. En la composición del voto que favoreció a Eduardo Frei se puede sostener en forma bastante asertiva que hay que excluir al votante más izquierdista. Este votante, en las elecciones pasadas, votó por Aylwin, porque era la única alternativa frente al antiguo régimen y al potencial político que detentaban sus herederos.

Parece razonable, entonces, atribuir la votación mayoritaria de Pizarro a ex electores de Aylwin. Esa votación, además, se enmarca en los parámetros de la votación del MIDA: parlamentarias de 1989: 5%; municipales de 1992: 6,6%; parlamentarias de 1993: 6,4%. Ella, por otra parte, es consistente con la existencia, revelada por las encuestas, de un segmento del electorado que se autoidentifican como izquierdistas y de centro, y que son favorables a las posiciones ideológicas de la izquierda radical (polarizada alrededor de la defensa del estatismo y a la crítica de la economía de mercado).

No se puede hacer la misma afirmación respecto de la votación de Max-Neef. No hay evidencias que indiquen que su votación provino

mayoritariamente de la antigua votación de Aylwin. Solamente hay ciertas evidencias que indican que el origen de esa votación es una mezcla balanceada de ex electores izquierdistas de Aylwin, ex buchistas y errazuristas y otros que anularon su voto o no votaron (nuevos). Esas evidencias provienen de encuestas. Se pueden hacer converger dos variables recogidas de estas mediciones de opinión: la última encuesta CEP-Adimark señaló que la composición de la intención de voto por Max-Neef era la siguiente: 5,9% de ex aylwinistas; 4,8% de ex buchistas; 4,8% de ex errazuristas; y 12,4% de electores que anularon o no ejercieron el sufragio. El cálculo en números absolutos revela una aproximación sorprendente a la votación real que tuvo este candidato (el porcentaje de ex aylwinistas representa 227 mil votos; y los porcentajes de ex buchistas y ex errazuristas, 150 mil; o sea, 377 mil votos: Max-Neef alcanzó los 388.847 votos). La otra variable indica que las preferencias por Max-Neef cruzan el arco político y el espectro socioeconómico. Las mayores preferencias en estas dos categorías las tiene en la izquierda (11,7%) y el estrato socioeconómico alto (23,2%). El cruce de estas dos categorías permite inferir que la combinación que marcó más preferencias por Max-Neef estuvo constituida por electores izquierdistas y personas del segmento socioeconómico alto (solamente el 3,4% del sector bajo demostró intención de voto por su candidatura). El centro político y la derecha le dan a este candidato en la encuesta citada 6,7% y 2,5%, respectivamente. Como este candidato no tenía una plataforma de candidatos a parlamentarios, se puede concluir que habiendo capturado electores de todos los sectores políticos, dada su gran volatilidad, ellos cruzaron sus votaciones al sufragar en las parlamentarias tanto a la Concertación como a la Unión y al MIDA. Este caso contrasta fuertemente con la candidatura de Reitze, cuya baja votación no plantea grandes interrogantes. Las evidencias encuestales indican que su electorado provendría por partes iguales de antiguos electores de Aylwin y Errázuriz.

El millón de votos (1.051.999) que separan a las candidaturas de Alessandri y Piñera de las de Büchi y Errázuriz es el que se reparte entre las candidaturas de la Concertación y la izquierda más radical. Ya vimos que algunos porcentajes de esas pérdidas van a Max-Neef y en escala muy menor a Reitze. El aporte de esa votación a Pizarro es prácticamente nula. El gran porcentaje de ese millón de electores se desplaza hacia Eduardo Frei (85-90%) y en segundo lugar hacia Max-Neef (15-10%). De modo sorprendente, los porcentajes de ex buchistas y ex errazuristas con intención de votar por Frei, encuestados en noviembre de 1993, coinciden con el reparto de ese millón de electores. En efecto, el 22,7% de ex buchistas y el 45,2% de ex errazuristas que según esa encuesta estaban en tal disposición significan en números de votantes reales alrededor de 950 mil electores. Esta información puede relacionarse

con los altos índices de simpatía e intención de voto favorables a Frei de electores autoidentificados de derecha (40,4%). Hay que considerar que las personas que se definen de ese modo constituyen alrededor del 28% del electorado, o sea, sobrepasan los 2 millones de votantes.

Por consiguiente, la candidatura de Frei parece haber recibido una fuerte contribución de electores pertenecientes —por su propia autodefinición— al universo genérico de la derecha. Es evidente que estos electores fueron persuadidos por la gran estrategia de la Concertación y los movimientos tácticos operados por la campaña presidencial de Frei. A esta persuasión contribuyó la marcha del proceso político democrático, la evolución del consenso, las líneas de continuidad con el gobierno de Aylwin y la expectativa de derrota de las candidaturas presidenciales de la derecha. Ahora bien, este electorado ganado por Frei no debe sumarse al No, como se ha afirmado, sino al consenso básico acerca del régimen político y el sistema económico. En los extramuros de ese consenso se encuentran tanto la izquierda como la derecha más dura. Otra dimensión distinta del proceso, y que no debe confundirse con la supuesta ampliación del No, es que en la medida que el electorado se hace más volátil, al interior de opciones democráticas y económicas liberales, con mayor fuerza se difunde y consolida la nueva legitimidad democrática del régimen político y con más rapidez la sociedad civil se aleja del antiguo régimen. Quizás el fenómeno más interesante de la votación de Frei es que su penetración hacia sectores de derecha revela una mayor fluidez electoral, con electores más racionales, que se desplazan al interior de la racionalidad y las opciones enmarcadas en el consenso básico. De este modo, cualquier reversión que afectara a este consenso entrañaría una pérdida de fluidez y volatilidad: se volvería a posiciones duras y polarizantes. En este sentido, la votación de Frei no es automáticamente transferible a un futuro candidato de la Concertación, por el mero hecho de que éste pertenezca a ella. De este modo, siendo realistas, la Concertación debe partir del supuesto que ha perdido un segmento de izquierda, pero que no ha ganado sino coyunturalmente un segmento con percepciones de centroderecha. Pero, al mismo tiempo, esta gran masa de electores ha enviado una señal muy clara: si los partidos formales de la derecha desean captarlos, ellos deben hacerlo a partir del consenso democrático. Se trata de electores que se han alejado de cualquier opción relacionada con el autoritarismo.

Alessandri y Piñera

La votación de Arturo Alessandri indicó una declinación de la conseguida por Büchi. Recordemos que éste acumuló más de 2 millones de votos,

contra 1,7 del candidato de la Unión para el Progreso de Chile (véase Cuadro N° 4). Si el contraste es con la votación sumada de Büchi y Errázuriz (3,1 millones), la diferencia es aún más dramática. O sea, mientras ambos candidatos, en 1989, alcanzaron el 44,8% del electorado, Alessandri solamente obtuvo el 24,4%. Y, como ya se dijo, la votación conjunta de Alessandri y Piñera solamente reunió 2,1 millones de votos (30,5%), quedando 1 millón de sufragios por debajo de Büchi y Errázuriz. La derecha perdió votación presidencial en todas las regiones y su descenso osciló entre el 9,7% en la XI, y el 22% en la V (véase Cuadro N° 4).

La derrota de Alessandri estuvo precedida de dos percepciones que parecían contradictorias, pero que en la realidad no lo eran. Por una parte, existía la certidumbre de esa derrota. Y, por otra, no había información directa y confiable del apoyo con que contaba y, por lo mismo, era difícil prever la votación que recibiría. Todas las encuestas serias no pudieron dimensionar ese apoyo, en términos de intención real de voto, recogida a través de las respuestas a la pregunta directa por el candidato al cual el entrevistado daría su voto el próximo sábado, si la elección fuese ese día. Curiosamente esa incapacidad de las encuestas despertó mayor atención, pasión y discusión que la derrota del candidato. Todo ello a pesar de que la encuesta CEP-Adimark, por ejemplo, estableció a través de preguntas indirectas la enorme varianza del voto posible de Alessandri. Así, v. gr., cuando esa encuesta interrogaba por el voto seguro, el probable y el absolutamente inalcanzable para Alessandri, las respuestas daban como resultado una base de 15,5% y un techo posible o alcanzable del 38,3%.

La mayor fuerza de la votación de Alessandri provino de los electores que en las presidenciales de 1989 habían sufragado por Büchi. El segundo mayor contingente lo constituyeron errazuristas. Una tercera fuente electoral fueron ex aylwinistas. Y, evidentemente, porcentajes de electores que votaron en blanco en 1989 y nuevos electores. La misma encuesta que hemos usado para dimensionar la votación de Frei, por origen, nos da algunas pistas sobre la votación alessandrista. El 52,4% de los electores de Büchi con intención de votar por Alessandri en noviembre pasado da 1.075.234 sufragios; el 31,8% de errazuristas, con la misma intención, agrega 342.452 votos; y el 3,8% de ex electores de Aylwin, otros 146.300 sufragios. Total de estas tres vertientes de intención de voto por Alessandri: 1.563.985 votos. Recordemos que Alessandri obtuvo 1.685.584 votos, y bien podríamos atribuir la diferencia al cuarto rubro ya indicado. Estoy haciendo un ejercicio para exponer una hipótesis, fundado en la información que entrega una medición de opinión. No ocurrió así en la realidad, pero es verosímil y altamente probable que a grandes líneas ésa haya sido la estructura de la votación alcanzada por Alessandri. Es razonable, en

consecuencia, concluir con un cierto grado de certidumbre de dónde provinieron y cuáles fueron las dimensiones de los aportes electorales recibidos por el candidato de la Unión. Aun cuando esta hipótesis no puede ser probada empíricamente, tampoco es posible una falsación de la misma. Así, se puede sostener que Alessandri captó más del 60% de la votación de Büchi y un tercio de aquella de Errázuriz.

La candidatura de Alessandri no solamente no pudo contener la tendencia declinante de la votación presidencial derechista; tampoco probó una capacidad para adquirir nuevos electores. En este punto conviene hacer algunas consideraciones acerca de la candidatura de José Piñera. Pues, en efecto, en algún momento de la campaña pudo concebirse la idea de que ambas candidaturas, dirigiéndose a segmentos muy diferenciados del electorado, sumaran una alta votación, como de hecho ocurrió con las votaciones de Büchi y Errázuriz en 1989. Pero, en la realidad, Alessandri y Piñera no tenían diferencias específicas similares a las que exhibieron Büchi y Errázuriz. Ambos se dirigían, preferentemente, al mismo electorado, en forma indiferenciada, en un intento por alcanzar al conjunto del universo electoral potencial de la derecha. Solamente al final, Piñera hizo un vigoroso esfuerzo para asumir la representación de los sectores duros del antiguo régimen. Durante el transcurso de la mayor parte de la campaña, ambos candidatos se definieron como independientes, críticos de los partidos (con matices, pues Alessandri hizo planteos más cautos), liberales en el plano económico (aunque Piñera propuso soluciones más creativas y liberales que Alessandri), críticos de toda reforma del régimen político, partidarios de ofrecer soluciones a los problemas de la gente e interesados en mantener un vínculo de simpatía con el gobierno militar. Esta línea argumental limitó la diversificación de la oferta política e impidió la penetración en otros sectores del electorado de derecha y centro derecha. Y, con mayor razón, las posibilidades de captar la simpatía de otros sectores.

La campaña de José Piñera se inició con planteos neoliberales novedosos, expuestos a la opinión pública en forma vigorosa y persistente. Sus principales recursos tácticos los orientó a conseguir una confrontación con Eduardo Frei, quien no le concedió casi ninguna beligerancia. En el plano político, su campaña tuvo un tono de cuestionamiento de la clase política, los partidos y el parlamento. No logró crear un dinamismo en torno a su candidatura similar al que consiguió Errázuriz en las presidenciales pasadas. O sea, no pudo alcanzar al espectro amplio del elector de derecha y centro derecha. Finalmente obtuvo el 6,8% de la votación presidencial, después de hacer un postrer esfuerzo para focalizar sus mensajes en los electores de la derecha dura. En ese esfuerzo centró sus críticas en las "debilidades" de la candidatura de Alessandri, entre las cuales incluyó su distancia o desafecto al régimen militar. Esta campaña,

por su propia índole, no tuvo relación alguna con las parlamentarias, a las cuales no contribuyó ni positiva ni negativamente (ni los candidatos a parlamentarios que recibieron su endoso salieron especialmente favorecidos, ni sus críticas a los partidos afectaron los resultados parlamentarios de la Unión).

A estas alturas del proceso político, los votantes de Piñera, por su carácter minoritario y por su reclusión en enclaves sociales altos, constituyen un electorado cautivo de la derecha. A partir de ese electorado no se puede construir una opción de gobierno ni movilizar mayorías. La votación de Piñera se concentró en zonas urbanas, y dentro de ellas en los distritos más afluentes. Así, por ejemplo, obtiene altos dividendos electorales en las dos áreas más densamente pobladas y urbanas del país: la Región Metropolitana (7,41%) y la V Región (7,68%), y dentro de ellas sus más altas votaciones en los distritos más ricos: Vitacura (23,5%), Las Condes (18,8%), Providencia (14,5%) y Viña del Mar (11,2%). En un diseño estratégico amplio, con probabilidades de darle gobernación al país, estos electores son cautivos, aunque esta opción sea para ellos un mal menor.

Los resultados electorales de la Concertación de Partidos por la Democracia

La Concertación de Partidos por la Democracia acumuló el 55,5% de la votación nacional. Obtuvo 70 escaños en la Cámara de Diputados y eligió un senador en cada una de las nueve circunscripciones en que hubo elecciones. Esta votación es menor que la alcanzada por Eduardo Frei y 2,1% y 3,4% superior a la que esta misma coalición obtuvo en las elecciones municipales de 1992 y en las parlamentarias de 1989, respectivamente. Esta leve curva ascendente es correlativa a la curva descendente de la coalición opositora Unión para el Progreso de Chile. El MIDA, por su parte, mantuvo estable el nivel de votación de las elecciones municipales (véase Cuadro N° 5).

El cambio más relevante en la estructura electoral de la Concertación lo constituye la nueva correlación de fuerzas entre el subpacto liderado por la DC (PR-SD y PAC) y el subpacto de izquierda (PPD, PS, PDI). Esta correlación, comparada con aquella que existía en 1989 y 1992, indica que el subpacto DC bajó desde el 33,1% y el 33,5 al 31,2% (dentro de este subpacto, la DC obtuvo el 27,25); mientras que la izquierda subió del 19 y 17,7 al 24,3%. Se trata de un incremento substancial (5,3 y 6,6%) que debe atribuirse a la estrategia desplegada por la izquierda democrática en los últimos cuatro años y a la cual sirvieron con eficacia la precampaña presidencial de Lagos y la campaña parlamentaria. El giro de esa porción del electorado hacia candidaturas del subpacto de izquierda indica una mayor fluidez del electorado concertacionista,

debido a las evidencias crecientes de que tanto el PPD como el PS interpretan correctamente el consenso básico y han abandonado definitivamente las posiciones más radicales del socialismo tradicional. Las reticencias del electorado de centro se han ablandado, aumentando la porosidad de este sector a las ofertas que provienen del socialismo liberal. Uso expresamente este último término porque en el centro existe un electorado proclive al liberalismo político y moral, que ha votado por la DC por carecer de otra alternativa, que hoy le ofrece la izquierda, especialmente el PPD.

Por otra parte, como se dijo más atrás, el electorado favoreció a la persona y los planteos de los candidatos antes que su pertenencia a un partido. Este factor también influyó en el cambio de la correlación mencionada, pues la DC enfatizó la pertenencia al partido y la fuerza institucional de este último, a expensas de una evaluación de la calidad de sus candidatos. Un caso emblemático es el triunfo de Bitar sobre Palza en la I Región. En este sentido, la campaña de la izquierda fue consistente con sus premisas estratégicas, ya que una mayor identificación con la horizontalidad del consenso y de las bases concertacionistas permite privilegiar las diferencias individuales. Al límite, el fin de una estrategia de este tipo es que todos los electores concertacionistas consideren a cada candidato indistintamente como una alternativa aceptable, y que, a partir de ese mínimo, la competencia se establezca según méritos individuales. Si la izquierda logra ese grado de aceptación, se habrá hecho realidad un verdadero partido horizontal. En ese contexto, la fuerza de un candidato presidencial concertacionista de izquierda en 1999 será irresistible.

Al interior de cada subpacto también hubo cambios. La DC no logró traspasar votación a sus aliados. Estos, en consecuencia, disminuyeron su poder electoral y su representación parlamentaria. El Partido Radical solamente eligió 2 diputados y la socialdemocracia ninguno. O sea, entre ambos, perdieron 5 escaños. Ello, por otra parte, refleja los efectos del sistema electoral sobre los partidos que están por debajo del 5% del electorado nacional (el PR y la SD sumados alcanzaron el 4%), aun cuando estén incluidos en grandes coaliciones. En todo caso, hay que notar que el PDC permanece estable, con una votación del 27,2% que no es muy diferente a la del 26,74% que alcanzó en las parlamentarias anteriores y del 28,97% de las municipales de 1992. En el subpacto de izquierda, el PPD recibió una excelente votación, a pesar del drenaje de parlamentarios que emigraron al PS durante 1989-1993. Esta votación le permitió captar el 20% del electorado concertacionista y lograr 15 escaños de diputados. De este modo, hoy existe una paridad entre este partido y el PS, que alcanzó un resultado parlamentario idéntico al primero (20% de la votación concertacionista y 15 diputaciones cada uno). El desempeño electoral del PPD constituye la mejor prueba de que un sector de la Concertación ha

encontrado en ese partido un cauce para su orientación liberal de izquierda. El mayor crecimiento del PPD ha significado una leve baja del PS y la pérdida de dos escaños de diputados en relación al período anterior.

La diferencia de votos entre la candidatura presidencial de Frei y la Concertación parece indicar que esta coalición ha tocado un cierto techo. El electorado concertacionista fue menor que el de Frei y en parte distinto. Este fenómeno parece indicar que la Concertación ha alcanzado un techo electoral, cuya estabilidad no es segura. Pero para mantenerlo y superarlo se requiere cumplir condiciones que no están aseguradas de suyo. Si la oposición no progresa hacia el centro, interpretando percepciones de derecha, la mantención de ese techo es probable. Siempre que simultáneamente la Concertación no se desplace aún más hacia posiciones de centro, más cercanas al liberalismo de derecha que al liberalismo de izquierda, deteriorando excesivamente al PDC. Es muy difícil que se den ambas condiciones a la vez, porque ello significaría un estado estacionario del espacio político. La penetración de la oposición en la DC, por la derecha, y un movimiento de trasvase desde la izquierda, puede tener efectos devastadores sobre la DC. Puede significar su rápido desplome, como ha ocurrido en varias ocasiones en otras latitudes. El caso italiano es el último, pero también antes le ha ocurrido a la DC algo similar en España y Francia. Se abren varios escenarios. En realidad, un primer escenario es el estado estacionario, en el cual los equilibrios de fuerzas son aproximadamente los actuales. Ello no afecta la estabilidad de la actual coalición gobernante. Un segundo escenario es que haya un desplazamiento de fuerzas internas, desde la DC hacia la izquierda, y se constituyan dos grupos de igual potencia electoral. El equilibrio entre ambas permite la mantención de la Concertación, pero con alternancia del bien máspreciado para el sistema político chileno: la Presidencia de la República. Los terceros escenarios son catastróficos, pues suponen un fuerte deterioro de la DC y realineamientos políticos mayores, incluyendo la disolución de la Concertación y el establecimiento de nuevas coaliciones.

Los resultados electorales de la Unión para el Progreso de Chile

La Unión para el Progreso de Chile acumuló 2,4 millones de electores, el 36,3% del universo de votos válidos y eligió a 50 diputados (véase Cuadro Nº 6) y 9 senadores (un escaño del Senado en cada una de las 9 circunscripciones donde había elecciones). Hay que recordar que en las elecciones parlamentarias anteriores la coalición Democracia y Progreso obtuvo el 35,21% de los electores (2,3 millones de votos) y en las municipales de 1992 el 29,9% con 1,8 millones de votos. En las dos ocasiones hubo listas paralelas. Así, en las

parlamentarias de 1989 esas listas dispersaron alrededor del 8% de una eventual votación derechista, entre ellas el errazurismo logró el 5,45%. En las municipales ocurrió algo similar, esta vez se trató del 10% (la UCC alcanzó un 8,10%). La Unión, en consecuencia, hizo su campaña parlamentaria sin una dispersión de listas, partidos o grupos laterales. Obtuvo un excelente resultado que le permitió hacerse del 41,7% de los escaños de la Cámara de Diputados con el 36,3% de los votos. Sin embargo, mantuvo estable su votación respecto de las parlamentarias de 1989. Ello revela que no logró captar ese universo de 8 a 10% de electores flotantes que se repartieron en las listas marginales de la derecha en las elecciones anteriores. En todo caso, la unidad del sector permitió concentrar todas las fuerzas en la coalición y hacer una campaña sin un antagonista externo del mismo color. Más aún, si consideramos la decreciente votación presidencial de la oposición, los resultados parlamentarios de la Unión pueden significar que la declinación electoral de la derecha tocó fondo. En este contexto, la futura estrategia del sector debe preguntarse por los recursos políticos más adecuados para captar la votación potencial de la derecha y su ampliación hacia el centro político.

Las relaciones de fuerza también cambiaron al interior de la coalición opositora. En estas elecciones RN obtuvo algo más de un millón de votos, que representan el 16,3% del electorado, y 29 escaños de diputados. En términos comparados, ha perdido 3% respecto de las parlamentarias de 1989, donde su votación fue de 1,27 millones, o sea, el 19,23% de los votos. Y también ha bajado si comparamos esta elección con las municipales de 1992, siempre y cuando consideremos la votación del subpacto RN / Independientes de aquel entonces para hacer la analogía (ese subpacto sumó 1,1 millón de votos, equivalente al 17,79% del universo electoral). En cambio, la UDI pasó de los 685 mil (10,38%) en 1989 a los 805 mil votos (12,1%) y 15 diputados en 1993 (atribución de diputaciones a la UDI y a RN se hace de acuerdo a la denominación adoptada por los candidatos; posteriormente se producen cambios, que no son considerados en este análisis). Desde una perspectiva estratégica, este cambio en la correlación de fuerzas es relativo, porque se dio en un contexto de crisis. Los cambios en la Concertación son más relevantes, porque su contexto es un discernimiento tranquilo de los electores acerca de qué partidos y quiénes los pueden representar mejor, a partir de hoy y en el futuro. Los cambios en la derecha están cruzados por dilemas anteriores a la constitución de un movimiento político articulado y estable. Por lo tanto, los reequilibrios entre sus componentes son básicamente inestables. Y los aumentos y disminuciones de los partidos RN y UDI, en la medida que no provienen de un crecimiento real del sector, son desplazamientos internos de los electores entre ambos. Pero, desde una perspectiva del corto plazo, este cambio es relevante,

porque crea un espacio más sereno para resolver los problemas de fondo que aún no se han enfrentado: la unidad política, sus bases y el distanciamiento con el antiguo régimen. Una mayor paridad entre RN y la UDI es un escenario propicio a una revisión “en frío” del futuro político del sector.

Una mirada atenta a los resultados pormenorizados de la Unión permite concluir que los ejes de la coalición son RN y la UDI. En los distritos en que estos dos partidos compitieron se consiguieron los mejores resultados. Esta fórmula dio diez de los veinte mejores resultados; así las seis primeras mayorías pertenecen a este conjunto (véase Cuadro N° 8), con votaciones que oscilaron entre 47,6% en los distritos 14 y 51 y el 69,09% en el distrito 23 (Las Condes-Vitacura). Por otra parte, los 7 resultados más bajos pertenecen a listas compuestas por uno de estos dos partidos con la UCC o Independientes. Esto no significa que la causa sea esa fórmula, sino más bien que dada la extrema peligrosidad del sistema electoral, tanto la UCC como los independientes dieron el *plus* que permitió la elección de un diputado. En el Cuadro N° 8 se advierte que la zona de peligro es próxima al 30%. Y, en efecto, en el distrito 25 el último candidato elegido, con 30,78% de los votos de lista, no lo habría sido sin el aporte de la UCC. En los 10 distritos en que la Unión no ganó un escaño, su votación estuvo por debajo de ese 30% (véase Cuadro N° 7). Las elecciones, en general, señalan que hay 27 distritos donde se ha consolidado una base electoral que excede al 37%. Ellos configuran la zona de máxima seguridad: allí se eligieron 29 diputados. En seguida hay 12 distritos en los cuales los porcentajes se reparten en el rango del 35,50% y el 33,50%, donde las probabilidades de ser doblados por la mayoría son relativamente bajas. Dado el actual sistema electoral, esos 40 distritos aseguran la mantención del tercio en la Cámara de Diputados. Los distritos débiles (9) se caracterizan por su cercanía al 30%.

Otro fenómeno interesante, que permite detectar la existencia de un volumen importante de votantes volátiles de derecha, lo constituye el voto cruzado. O sea, el hecho que electores repartieran sus preferencias votando por Frei a la Presidencia y por un candidato de la Unión en su distrito o circunscripción senatorial. Este fenómeno no ha sido suficientemente estudiado, pero un análisis detallado de las votaciones de cada distrito establece las evidencias necesarias para asegurar su existencia.⁸ Este electorado, más allá de emitir un juicio negativo acerca de la candidatura de Alessandri, dio señales de que el

⁸ Violeta Horwitz, Investigadora del CEP, ha hecho el estudio analítico. Ese trabajo aún no ha sido volcado en un estudio.

conjunto de la derecha podría ofrecerles una vía de expresión. Además, la extrema concentración de los electores en las dos coaliciones (véase Cuadro Nº 8), en un marco de consenso muy alto, coopera a movimientos electorales de gran magnitud. Los electores que cruzaron sus votos son puentes para producir ese tipo de giros electorales. En ello puede estar la clave para construir nuevas opciones de gobierno.

La elección demostró que la derecha es un sector plenamente constituido, con un fuerte potencial electoral. Ya se han indicado los factores que impiden o limitan su desarrollo. La lección de la campaña presidencial, contrastada con la parlamentaria, consiste en acelerar los procesos de formalización del sistema representativo del sector, como culminación de la superación de las cuestiones pendientes a las cuales me he referido en este análisis. En definitiva, a pesar de ser la oposición, y, por lo mismo, el sector derrotado en la contienda electoral, la derecha tiene a su haber el dinamismo que concede la posibilidad de ofrecerle algo nuevo y distinto al país. Como toda fuerza alternativa al que ejerce el poder.

ANEXO

CUADRO Nº 1 RESULTADOS DEL NO Y LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE 1989-1993

	NO (1988)	Aylwin (1989)	Frei (1993)
Votos	3.967.579	3.850.023	4.008.65
%	56	55,17	58,01

CUADRO N° 2 RESULTADOS ELECTORALES DE AYLWIN Y FREI POR REGIONES

	Aylwin	Regiones Frei
I	49,7	53,1
II	57,6	55,6
III	60,7	58,3
IV	57,2	61,6
V	52,6	55,6
VI	51,6	62,2
VII	55,5	61,1
VIII	55,8	60,2
IX	47,1	56,8
X	51,0	56,6
XI	54,7	54,7
XII	60,3	60,9
Metropolitana	56,2	57,3
Total	55,17	58,01

CUADRO N° 3 RESULTADOS PRESIDENCIALES POR REGIONES Y TOTALES

	Max-Neef	Pizarro	Candidatos Frei	Reitze	Alessandri	Piñera
I	4,48	5,99	53,18	0,86	27,49	8,00
II	6,63	7,38	55,69	0,99	22,30	7,01
III	4,62	8,87	58,36	0,96	22,10	5,10
IV	4,01	6,64	61,61	1,12	21,05	5,56
V	5,86	4,58	55,61	0,92	25,38	7,68
VI	4,41	4,65	62,25	1,21	22,56	4,93
VII	3,47	3,91	61,04	1,67	26,09	3,82
VIII	6,16	4,80	60,21	1,56	22,41	4,86
IX	3,67	3,09	56,82	1,97	30,33	4,13
X	4,60	3,78	56,65	1,46	29,71	3,80
XI	3,59	4,77	54,70	1,26	31,85	3,82
XII	5,44	3,85	60,94	1,04	22,04	6,69
Metropolitana	6,41	4,60	57,37	0,92	23,30	7,41
Total	5,55	4,69	58,08	1,17	24,39	6,18

CUADRO N° 4 RESULTADOS PRESIDENCIALES COMPARADOS ENTRE LOS CANDIDATOS ALESSANDRI, PIÑERA, BÜCHI Y ERRÁZURIZ

	Candidatos				
	Alessandri	Büchi	Errázuriz	Alessandri+Piñera	Büchi+Errázuriz
I	27,5	31,5	18,8	35,5	50,3
II	22,3	24,8	17,5	29,3	42,2
III	22,1	30,3	9,0	27,6	39,3
IV	21,0	30,7	12,1	26,5	42,8
V	25,3	28,9	18,4	33,4	47,3
VI	22,5	29,5	18,9	27,4	48,4
VII	26,1	29,4	15,0	32,8	48,2
VIII	22,4	25,4	18,8	27,2	44,2
IX	30,3	29,1	23,8	34,4	52,9
X	29,7	29,2	19,7	35,6	48,9
XI	31,8	31,0	14,7	29,0	45,3
XII	22,0	29,6	10,1	28,6	39,7
Metropolitana	23,3	31,2	12,6	30,7	43,8
Total	24,40	29,40	15,43	35,10	44,83

CUADRO N° 5 CONCERTACIÓN DE PARTIDOS POR LA DEMOCRACIA

Partidos	N° votos	% votación nacional	N° escaños Cámara	% Cámara
PDC	1.803.090	27,2	37	30,8
PPD	784.681	11,8	15	12,5
PS	797.428	12,0	15	12,5
PR/SD/IND.	263.985	4,0	2	1,7
PDI	33.031	0,5	1	0,8
Total	3.682.215	55,5		58,3

CUADRO N° 6 UNIÓN PARA EL PROGRESO DE CHILE

Partidos	N° votos	% votación nacional	N° escaños Cámara	% Cámara
RN	1.078.862	16,3	29	24,2
UDI	805.350	12,1	15	12,5
UCC	211.822	3,2	2	1,7
IND/PN/Otr.	334.505	5,0	4	3,3
Total	2.430.539	36,6		41

CUADRO N° 7

Distritos	% votación coaliciones mayoritarias	% votación Concertación Democracia	% votación Unión para Prog. Chile	Número escaños Concertación	Número escaños Unión
1	95,35	62,15	33,20	1	1
2	78,11	33,82	44,29	1	1
3	93,21	59,27	33,94	1	1
4	89,41	62,25	27,16	2	0
5	86,86	53,34	33,52	1	1
6	91,15	36,91	54,24	1	1
7	93,35	55,96	37,39	1	1
8	93,16	65,94	27,22	2	0
9	85,18	59,25	25,93	2	0
10	93,63	56,03	37,60	2	0
11	91,42	56,52	34,90	1	1
12	94,25	47,89	46,36	1	1
13	87,59	52,87	34,72	1	1
14	89,46	42,20	47,26	1	1
15	89,03	48,66	40,37	1	1
16	94,03	59,80	34,23	1	1
17	92,34	72,27	20,07	2	0
18	82,46	62,46	20,00	2	0
19	92,64	55,24	37,40	1	1
20	93,24	53,85	39,39	1	1
21	90,85	41,11	49,74	1	1
22	94,31	37,14	37,14	1	1
23	97,95	31,86	66,09	0	2
24	91,55	48,25	43,30	1	1
25	89,85	59,07	30,78	1	1
26	94,43	65,54	28,89	1	1
27	93,61	58,62	34,99	1	1
28	82,75	50,31	32,44	1	1
29	92,75	61,57	31,18	1	1
30	93,64	53,64	40,00	1	1
31	90,79	51,75	39,04	1	1
32	86,25	54,68	31,57	1	1
33	95,17	60,23	34,94	1	1
34	94,40	51,79	42,61	1	1
35	96,38	62,19	34,64	1	1
36	92,72	53,84	38,88	1	1
37	95,90	64,27	31,63	1	1
38	92,61	58,04	34,57	1	1
39	96,86	64,48	32,38	1	1
40	92,20	44,15	48,45	1	1
41	97,49	57,51	39,98	1	1
42	100,00	75,12	24,88	2	0
43	81,94	49,71	32,23	1	1
44	93,44	64,32	29,12	2	0
45	90,44	66,03	24,41	2	0

CUADRO N° 7 (CONTINUACIÓN)

Distritos	% votación coaliciones mayoritarias	% votación Concertación Democracia	% votación Unión para Prog. Chile	Número escaños Concertación	Número escaños Unión
46	86,77	59,91	26,86	2	0
47	96,67	58,47	38,20	1	0
48	91,69	52,10	39,59	1	1
49	94,03	56,84	37,19	1	1
50	95,67	56,20	39,47	1	1
51	95,96	48,70	47,26	1	1
52	96,31	46,19	50,12	1	1
53	93,96	54,59	39,37	1	1
54	96,43	59,03	37,40	1	1
55	95,05	61,10	33,95	1	1
56	100,00	51,24	48,76	1	1
57	96,49	53,53	42,96	1	1
58	92,79	48,83	43,96	1	1
59	77,69	41,55	33,14	1	1
60	94,54	59,11	35,43	1	1
Totales	92,1	55,5	36,6	70	50

CUADRO N° 8

Lugar según votación	Distrito	% votación	Escaños	Composición lista	Partido ganador
1	23	69,09	1	RN/UDI	UDI/RN
2	6	54,24	1	RN/UDI	RN
3	52	50,12	1	RN/UDI	RN
4	21	49,74	1	RN/UDI	RN
5	56	48,76	1	RN/UDI	RN
6	40	48,45	1	RN/UDI	UDI
7	51	47,26	1	RN/P. SUR	RN
7	14	47,26	1	RN/UDI	RN
8	12	46,36	1	RN/UCC	RN
9	2	44,29	1	RN/UCC	RN
10	58	43,96	1	RN/IND.	IND.
11	24	43,30	1	RN/IND.	RN
12	57	42,96	1	RN/UDI	RN
13	34	42,61	1	UDI/IND.	UDI
14	15	40,37	1	RN/IND.	IND.
15	30	40,00	1	RN/UDI	UDI
16	41	39,98	1	UCC/IND.	IND.
17	48	39,59	1	RN/IND.	RN
18	50	39,47	1	RN/IND.	RN
19	20	39,39	1	RN/UCC	RN
20	53	39,37	1	RN/UCC	RN

CUADRO N° 8 (CONTINUACIÓN)

Lugar según votación	Distrito	% votación	Escaños	Composición lista	Partido ganador
21	31	39,04	1	RN/UDI	RN
22	36	38,88	1	UDI/IND.	UDI
23	47	38,20	1	RN/UDI	RN
24	10	37,60	1	RN/IND.	RN
25	19	37,40	1	RN/IND.	UDI
25	54	37,40	1	RN/UDI	RN
26	7	37,39	1	RN/IND.	RN
27	49	37,19	1	RN/UCC	RN
27	22	37,14	1	RN/UDI	RN
29	60	35,43	1	RN/IND.	IND.
30	27	34,99	1	UDI/IND.	UDI
31	33	34,94	1	UDI/UCC	UDI
32	11	34,90	1	RN/IND.	RN
33	13	34,72	1	UDI/UCC	UDI
34	35	34,64	1	RN/IND.	IND.
35	38	34,57	1	RN/IND.	RN
36	16	34,23	1	UDI/UCC	UDI
37	59	34,14	1	UCC/UCC	UCC
38	55	33,95	1	RN/UCC	RN
39	3	33,94	1	RN/UCC	UDI
40	5	33,52	1	RN/UDDI	RN
41	1	33,20	1	RN/IND.	RN
42	28	32,44	1	UDI/IND.	UDI
43	39	32,38	1	RN/UCC	RN
44	43	32,23	1	UDI/IND.	UDI
45	32	31,57	1	UCC/UCC	UCC
46	29	31,18	1	RN/IND.	RN
47	25	30,78	1	UDI/UCC	UDI <input type="checkbox"/>